

## MI AMIGOTE EL HARAGÁN YA NO VIVE EN CASA

**Fedosy Santaella**

Yo nunca, jamás, ni cuando chiquito, vi a nadie comprando un haragán. Tal afirmación de carácter científico, o digamos, absolutamente tomista, me lleva a preguntarme, muy sesudamente, dónde la gente compra los haraganes. En los supermercados, claro, me responderá usted, mi estimado lector. Sí, yo los he visto también, ahí colocados, junto a los coletos, las esponjas y todos los implementos de lavadero. Pero yo jamás he visto a nadie agarrando un haragán y poniéndolo en su carrito de compras.

Para mí, el haragán siempre había estado allí, expuesto como una obra de museo y nada más. Eso no se toca, y si lo haces, suena una alarma, y vienen treinta carajos y te caen a cachiporrazos por abusador, por tocar la pieza de museo, la Mona Lisa de los supermercados.

Yo había asumido que los haraganes de nuestra vida nacían por generación espontánea. Recuerdo que en mi casa de Puerto Cabello el haragán siempre estuvo allí, viejo mayordomo siempre atento y eficaz. Después, en mi época de estudiante universitario, cuando me vine a estudiar Letras a Caracas, un haragán me hizo compañía en aquel apartamentico de Montalbán III que amablemente me compró mi padre. Lo encontré en la cocina, una mañana de ecos trasnochados. ¿De dónde salió? No sé, yo no lo compré. A lo mejor nació y creció en la cocina durante la noche, o lo llevó al sitio mi hacendosa madrecita en su última visita... No sé, no puedo decir, y no era sensato llamar a casa de mis padres y preguntar, porque ellos iban a pensar que me había atacado la locura una vez más y entonces, otra vez, para una clínica siquiátrica.

Así que viví muchos años con aquel haragán. Le llegué a tener gran afecto y plena confianza, a pesar de que ignoraba su origen. Yo, la verdad, nunca me he preocupado si las personas vienen de familia acaudalada o de rancio abolengo. Nada más me importa que mis amigos sean buena gente; y mi haragán era el más buena gente de todos.

Más de una noche lo saqué a la sala, y largas fueron las conversaciones que tuvimos, mientras yo me tomaba la cerveza del estribo, la cual era seguida de otra cerveza del estribo y a su vez por otra y luego por otra, porque siempre la conversación con mi amigo resultaba muy sabrosa.

Él era un gran escuchador de historias y penurias. Más de un compañero de francachelas quiso llevárselo para su casa. Pero yo no lo dejé. El mutismo sagrado del haragán era sólo mío.

En las mañanas, ni se diga. ¡Qué bien portado era! Colaboraba grandemente en la limpieza de la casa, junto a la escoba, que era también muy servicial. Pero a mí no me caía muy bien la escoba, porque las mujeres barbudas me dan grima; con la escoba uno nunca sabe si está hablando con un hombre o con una mujer, y eso confunde.

Pero resulta, estimado lector, que mi dilecto compañero de juventud, mi confidente, mi pana del alma que tantas veces me ayudara a desaparecer los vestigios de pachangas cochambrosas, ya no está conmigo.

El otro día, mi esposa, enemiga natural de mi viejo compinche –ya sabemos que las esposas no congenian con los amigotes–, me dijo que teníamos que comprar un haragán nuevo. Estaba claro: anhelaba deshacerse de mi amigo e imponerme alguna nueva amistad estéril y aséptica. Ya para ese momento yo me había convertido en lo que soy, es decir, en un señor que no fuma, no toma, no amanece en la calle ni visita clínicas siquiátricas. Así que mi viejo amigote no tenía mucho que hacer en mi vida, y debo decir que así era, porque hacía tiempo que nuestra amistad se había enfriado.

Cuando mi mujer lo sacó al comedor, y me lo mostró todo mustio y avejentado, caí en cuenta de que yo era otro y que, a pesar del cariño mutuo, entre el haragán y yo nunca volvería a existir esa antigua camaradería.

Sin poner el menor reparo, me encogí de hombros y le dije a mi mujer: «Bué...»

Entonces nos fuimos al supermercado a buscar otro haragán. En el camino, mis pensamientos viajaron hacia atrás y hacia delante, y casi chocamos, porque eso de andar retrocediendo en la vía no es aconsejable cuando se maneja, menos en Caracas.

En la ruta al mercado conocí unos cuantos registros pasionales; en algún momento me llené de ira, en otro me provocó ponerme a llorar, y en algún otro quise salir corriendo (no lo hice, pues estaba manejando), por no decir que en un par de ocasiones me provocó lanzarle un par de pescozones a mi linda mujercita. Al final, adopté una actitud cercana a la de un monje tibetano en la cumbre de su meditación, y me quedé tranquilo.

Ya en el supermercado, agarramos el carrito de compras y nos metimos por un ala, luego giramos, entramos en otra ala, y finalmente, allí estábamos, frente al exhibidor donde colgaban los haraganes, en esa parte del supermercado que más parece un museo de arte moderno que un lugar de mercaderías.

Mi mujer, dueña de una convicción perversa e inamovible, agarró un haragán nuevo y lo puso en el carrito de compras. Para mi aliviada sorpresa, no sonó ninguna alarma y no vinieron los treinta carajos a darme trancazos.

Entonces me asaltó una descomunal sensación de ridículo. Pensé que hay cosas que nunca deben salirse de contexto, porque si no, te ves obligado a traspasar una línea, una frontera que te hará ver la existencia desde una perspectiva nada envidiable. Y aquella situación, sin duda, se hallaba fuera de lugar, porque los carritos de supermercado no están hechos para portar haraganes, ni los hombres estamos hechos para llevar carritos con haraganes adentro.

Situaciones como ésta te golpean de frente con la verdad absoluta de todas las verdades: la existencia es una vaina absurda.

Una vez terminadas las vueltas por el supermercado (pues mi mujer, no satisfecha con su malévola acción, le dio por comprar algunas cosillas), ya me confortaba con la pronta partida, cuando descubrí una gran cola en la caja. Y allí me vi, mostrando una sonrisa de sí, aquí estoy, con un haragán nuevo, porque yo no estoy comprando caviar ni *champagne*, sino un pedazo de palo y un pedazo de goma.

Me sentí aún más ridículo cuando me encontré rodeado de señoras que veían a mi esposa con sonrisas satisfechas. Estoy seguro de que, telepáticamente (porque todas las mujeres pueden hacer eso, lo que pasa es que no se lo dicen a nadie), le hablaban con estas palabras: «¡Ajá, muy bien, así se hace, que muera el amigote y que viva el haragán nuevo, tu aliado!».

Del trajín de la caja pasamos a la calle, donde el ridículo y el absurdo siguieron jugando con mi persona, pues ya frente al carro tuve que ver cómo hacía para meter el haragán nuevo en la maletera y no en el asiento posterior. Luego de algunos intentos vanos, tuve que resignarme a servirle de chofer a nuestro magnánimo utensilio, mientras él leía el periódico y hasta le acariciaba una pierna a mi esposa en la parte trasera del carro. Para colmo, una vez en casa, fue ella la que se ocupó de mi viejo amigo. ¡Qué ganas le tenía!

Después de hacer que su nuevo cómplice tomara el depósito, agarró a mi viejo haragán y lo sacó de nuestro hogar. Mientras ella estaba afuera, me quedé viendo al intruso: un haragán idéntico a mi viejo amigo. Porque es así, los haraganes no son como los autos o los reproductores de mp3, que cada año sale un modelo diferente, nuevo y lustroso. En cambio, este haragán nuevo era idéntico a mi gran camarada antiguo, procreado por generación espontánea, única y original.

Así fue, mi querido lector, como ese día perdí a mi entrañable colega. La existencia es una cantante calva, y su nombre casero es resignación (tengo un compañero de trabajo que dice: «el hombre casado no puede luchar por su libertad»). Sin embargo, creo que es mejor así; total, mi vida es otra, y no tengo por qué extrañar aquellas noches rocambolescas y aquellas mañanas de pisos pegajosos de intemperancia.